

En la época á que hemos llegado, esto es, el año 80 antes de Jesucristo, Roma no es todavía la Roma que Virgilio llama *la mas bella de las cosas*, el retórico Aristides *la capital de los pueblos*, Ateneo *la miniatura del mundo*, y Polemon el sofista *la ciudad de las ciudades*.

Solo ochenta años mas tarde, hácia la época correspondiente al nacimiento de Cristo, será cuando dirá Augusto: "Hé ahí esa Roma que he encontrado de ladrillo y que dejaré de mármol."

En efecto, el trabajo de Augusto,—del que no tenemos que ocuparnos, pero del cual, sin embargo, no sentimos decir una palabra al paso,—el trabajo de Augusto puede compararse al que tiene hoy lugar entre nosotros, y que cambia el aspecto de esta otra cosa, *la mas bella de las cosas*, de esta otra *capital de*

los pueblos, de esta otra *miniatura del mundo*, de esta otra *ciudad de las ciudades* que se llama Paris.

Volvamos á la Roma de Sila. Veamos de donde habia partido y adonde habia llegado.

Tratad de encontrar entre ese confuso monton de casas que cubre las siete colinas dos prominencias de la altura de la que nosotros denominamos de Santa Genoveva y que se llaman, ó mas bien, se llamaban *Saturnia* y *Palatium*.

Saturnia es la aldea de paja fundada por Evandro; Palatium es el cráter de un volcán apagado.

Entre esas dos prominencias hay un estrecho valle; en otro tiempo habia en él un bosque; hoy está el Forum.

En ese bosque es donde fueron hallados los dos gemelos históricos y la loba criandera.

Roma há partido de ahí.

Cuatrocientos treinta y dos años antes de la toma de Troya, doscientos cincuenta despues de la muerte de Salomon, al principio de la sétima olimpiada, en el primer año del gobierno decenal del arconte ateniense Cheropss, estando ya la India decrepita, el Egipto inclinándose hácia la decadencia, la Grecia subiendo los primeros escalones de su grandeza, hallándose la Etruria en todo su apogeo y permaneciendo aún todo el Occidente y todo el Norte en las tinieblas, Numitor, rey de los Albanos, dió á sus dos

nietos, Rómulo y Remo, bastardos de Rea Silvia, su hija, el lugar en que habían sido espuestos y encontrados.

Rómulo y Remo eran los dos gemelos hallados en el bosque donde los amamantaba la loba; el sitio en que esta los amamantaba era el bosque situado en el valle, entre Saturnia y Palatium.

Todavía encontrareis hoy la fuente que regaba ese bosque; se la conoce con el nombre de fuente Jaturno. Según Virgilio es la hermana de Turno, que llora eternamente la muerte de su hermano.

Tomemos aquí la historia bajo el punto de vista de la tradición, ya que no tenemos tiempo de examinarla como mito.

Sobre la mas elevada de esas dos prominencias, Rómulo trazó una línea circular.

—Mi ciudad se llamará Roma, dijo, y hé ahí el recinto de sus murallas.

—¡Famosas murallas! contestó Remo saltando por encima de la línea trazada en el suelo.

Indudablemente Rómulo solo esperaba una ocasión para deshacerse de su hermano. Unos dicen que lo mató á golpes con el palo que en la mano tenía; otros que atravesándole el cuerpo con la espada.

Una vez muerto Remo, Rómulo marcó el recinto de la ciudad con un arado.

El hierro de éste tropezó con una cabeza humana.

—Bueno! dijo, ya sabia que mi ciudad se llamaría Roma: la ciudadela se llamará el Capitolio.

Roma, seno; *caput*, cabeza.

En efecto, el *Capitolio* será la cabeza del mundo antiguo; *Roma* el seno de donde los pueblos modernos sacarán la fé.

El nombre, como se vé, es doblemente simbólico.

En aquel momento cruzan el aire doce buitres.

—Prometo á mi ciudad, dice Rómulo, doce siglos de dominio.

Y en efecto, de Rómulo á Augústulo trascurren mil doscientos años.

Entonces Rómulo hace un recuento de su ejército, y vé que tiene en su derredor tres mil hombres de infantería y trescientos de caballería.

Ese es el núcleo del pueblo romano.

Ciento setenta y cinco años mas tarde, Servio Tulio hace otro recuento. Halla ochenta y cinco mil ciudadanos en estado de llevar las armas, y traza un nuevo recinto en que pueden habitar doscientos sesenta mil hombres.

Ese nuevo recinto es el *Pomcerium*, límite sagrado, inviolable, que no puede ser ensanchado sino por los que hayan conquistado una provincia á los bárbaros.

Sila aprovecha ese permiso en 674, César en 710, Augusto en 740.

Fuera de ese recinto se extendía un espacio consagrado donde no se podía edificar ni sembrar.

Pero en breve, lo que solo era para Roma un cinturón flojo y colgante como el que rodeaba el talle de César, se convierte en un collar que la ahoga.— A medida que conquista la Italia, la Italia la conquista á ella; á medida que invade el mundo, la invade á su vez.

Ademas, preciso es decirlo, Roma tiene supremos privilegios; el título de ciudadano confiere grandes honores y sobre todo grandes derechos; el ciudadano romano recibe sueldo por votar en el Foro y va grátis al circo.

Sin embargo, todos los ensanches de que hemos hablado no fueron gran cosa.

“El recinto de la ciudad, dice Dionisio de Halicarnaso, escritor del tiempo de Augusto, no se ha extendido mas porque el sitio no lo permite.”

Es verdad que al rededor de Roma hay un cinturón de ciudades municipales investidas del derecho de sufragio. Son las antiguas ciudades Sabinas, otras tantas Romas en miniatura: Túsculum, Lavinium, Aricia, Pedum, Nomentum, Privernum, Cumas y Acerre, á las cuales se han agregado, Fondi, Formies y Arpinium.

Después vienen los municipios sin derecho de sufragio, cuarenta y siete colonias fundadas antes de

la guerra púnica en la Italia central, y otras veinte algo mas apartadas todavía de la ciudad,—pues ya no se dice Roma, sino *la ciudad*.

Todas esas colonias tienen derecho de ciudadanía, pero no de sufragio.

Así, pues, Roma se halla en lo alto de la espiral como la estatua en la cima de la columna.

Debajo de Roma los municipios ó las ciudades con derecho de ciudadanía y de voto; debajo de los municipios las colonias, que solo tenían el derecho de ciudad; en fin, debajo de las colonias los latinos, los italianos, de cuyas mejores tierras se había apoderado el gobierno en beneficio de los colonos.

Estos últimos estaban libres de todo tributo pecuniario, pero no de la contribucion de sangre; ellos proveían de soldados á los ejércitos romanos: sin embargo eran tratados casi como pueblos conquistados, siendo así que eran los que servían para conquistar á los pueblos.

En el año 172, año de la derrota de los persas, un cónsul manda á los de Prenesta que salgan á recibirlo y le preparen alojamiento y caballos.

Otro hace azotar con varas á los magistrados de una ciudad que no le han proporcionado víveres.

Un censor que construye un templo, hace arrancar el techo del de Juno Liciniana, el mas sagrado de Italia, para acabar el suyo.

En Terento un pretor que quiere bañarse en los baños públicos, espulsa de ellos á todo el mundo y hace azotar con varas á uno de los cuestores de la ciudad que quiere oponerse á aquel capricho.

Un vaquero de Venusiun encuentra á un ciudadano romano llevado en su litera,—un simple ciudadano, entiéndase bien.

—¿Qué es eso? dice el vaquero á los esclavos, ¿llevais ahí algun muerto?

Esta palabra disgustó al viajero, que lo hizo matar á palos.

En fin, en Teanum, un pretor hace azotar con varas á los magistrados, porque su mujer no ha hallado vacíos los baños públicos, siendo así que una hora antes habia hecho avisar que pensaba hacer uso de ellos.

Nada de eso hubiera sucedido jamas en Roma.

Es que Roma no se revela á las provincias sino por medio de sus procónsules.

¿Y de qué modo trataban los procónsules á las provincias?

Vamos á verlo con algunos ejemplos.

Todo lo que acabamos de referir es nada comparado con lo hecho por Verres en Sicilia, por Pison en Macedonia, por Gabinio en Siria.

Véase á Ciceron. Bien conocida es su acusacion contra Verres.

Pison impone en Acaya contribuciones por su propia cuenta, y quiere obligar á las doncellas nobles á que sean sus queridas; mas de veinte se arrojan á los pozos para librarse del amor proconsular.

Gavinio es mas aficionado al dinero que á las mujeres, y grita á voz en cuello que la Siria le pertenece por completo, y que ha pagado su proconsulado bastante caro para tener derecho de venderlo todo.

En fin, compúlsese de nuevo á Ciceron, léanse sus cartas á Atico y se verá en qué estado se halla la Bitinia, cuando, procónsul él á su vez, sucede á Atico, y la admiracion de los habitantes al declararles que se contenta con los dos millones doseientos mil sestercios que el senado le pasa,—esto es, ochenta y ocho mil pesos de nuestra moneda actual,—y que merced á esa cantidad no necesita ni madera para su tienda, ni trigo para su séquito, ni heno para sus caballos.

En la sociedad antigua la ciudad es todo, la provincia nada.

Así una vez tomada Numancia, la España es de los romanos.

Lo mismo sucede con Cartago, que entrega el Africa; con Siracusa, que entrega la Sicilia; con Corinto, que entrega la Grecia.

Júzgad, pues, lo que es Roma, á la cual los augu-

res prometen el imperio del mundo, cuando eso sucede con las otras capitales.

Todos van á Roma: los ricos para gozar, los pobres para comer, los ciudadanos nuevos para vender su voto, los retóricos para abrir sus escuelas, los caldeos para decir la buenaventura.

Roma es la fuente universal: pan, honores, fortuna, placeres, todo se halla en Roma.

En vano el Senado manda expulsar, en el año 565, doce mil familias latinas; en el año 581 diez y seis mil habitantes, en el 626 todos los extranjeros... y que sé yo que mas. Olvidaba la ley Fannia, la ley Mucia Licinia y la ley Papia, que son otras tantas sangrías hechas á la poblacion.—Eso no impide que Roma, que no puede estenderse en superficie, se eleve en altura, y que Augusto,—segun cuenta Vitruvio, se vea obligado á expedir una ley que prohíbe edificar casas de mas de seis pisos.

Así vemos que Sila, poco tiempo antes de la época á que hemos llegado, afloja un punto el cinturón de Roma, que empezaba á estallar.

¿En qué proporcion cronológica ha aumentado Roma poco á poco?

Vamos á decirlo.

Se recordaba al ilustre prisionero africano conducido á Roma sin orejas,—los liectores se las habian arrancado á fin de apoderarse mas pronto de sus

aretes de oro;—su burlesca frase cuando fué arrojado desnudo en el calabozo Mamertino: *Los baños de Roma son muy frios*; su agonía de seis dias, durante los cuales no desmintió su carácter un solo instante; en fin, su muerte á la conclusion del dia sétimo.

¡Murio de hambre!

Ingurta era el Abd-el-Kader de su época.

Ya empezaba á haber muchos celos en Roma contra Mario, y sin duda iba á purgar sus victorias del modo habitual, como Aristides, como Temístocles, cuando de repente un grito lanzado de las Galias atrajo todas las miradas hácia Occidente.

Trescientos mil bárbaros, huyendo del Océano desbordado, descendian hácia el Mediodía. Habian dado vuelta á los Alpes por la Helvecia, habian penetrado en las Galias y se habian reunido á las tribus cimbrias, en las cuales habian reconocido antiguos hermanos.

En efecto, la noticia era desastrosa.

El cónsul Cayo Servilio Cepion habia sido atacado por los bárbaros, y de ochenta mil soldados y cuarenta mil esclavos solo diez hombres habian logrado salvarse.

El cónsul se hallaba en el número de aquellos diez hombres.

Solo Mario, casi tan bárbaro como aquellos bárbaros, podia salvar á Roma.

Partió, acostumbró sus tropas á la vista de aquellos terribles enemigos, mató cien mil cerca de Aix, obstruyó el Ródano con sus cadáveres y fertilizó todo un valle para siglos con aquel abono humano.

Eso por lo que hace á los teutones.

Después alcanzó á los cimbrios, que estaban ya en Italia.

Sus diputados llegaron junto á él.

—Dáenos, le dijeron, tierras para nosotros y nuestros hermanos, y á ese precio te concedemos la vida á tí y á los tuyos.

Mario le contestó.

—A vuestros hermanos los teutones les hemos dado ya tierras que guardarán eternamente y por lo que hace á vosotros vamos á dáoslas iguales.

En efecto, los derribó y enterró á todos en el campo de batalla de Verceil.

Y aquella terrible aparición del Norte se había desvanecido como humo y Roma no había visto de todos aquellos bárbaros mas que á su rey Teutobocco, que saltaba de un solo brinco seis caballos colocados de frente y cuya cabeza, al entrar prisionero en Roma, descollaba sobre los trofeos mas altos.

Entonces Mario había sido llamado el tercer fundador de Roma.—El primero era Rómulo; el segundo Camilo.

Se hacían libaciones en nombre de Mario como en nombre de Baco y de Júpiter.

Y él mismo, embriagado con su doble victoria, no bebía ya sino en una copa de dos asas, en la cual decia la tradicion que había bebido Baco después de su conquista de las Indias.

Se olvidaba la muerte de Saturnio, lapidado ante sus ojos, el año mismo del nacimiento de César; se olvidaba que había rehusado el combate que le ofrecían los italianos, perdiendo así la mejor ocasión de vencerlos; se olvidaba que había hecho dejación del mando so pretexto de hallarse enfermo de los nervios, esperando que Roma caería tan abajo, que se vería obligada á echarse en sus brazos. Solo se recordaba su cabeza puesta á precio, su fuga á los pantanos de Minturno y su prisión, en la que un cimbrio no había osado degollarlo.

Su muerte, como la de Rómulo, permanecía oculta en una nube, sin que nadie percibiese que aquella nube era el doble vapor del vino y de la sangre.

Solo hacía dos años que había muerto Mario; pero Sila, que le había sobrevivido, había hecho de él un dios.

A esas pasiones, vivas todavía, era, pues, á las que había apelado César resucitando á Mario.

A los gritos lanzados por la población de Roma en el Capitolio y en el Forum, el Senado se reunió. A

aquel solo nombre de Mario, los patricios temblaban en sus sillas curules.

Cátulo Lutacio se levantó; "era, dice Plutareo, un hombre muy estimado entre los romanos;" se levantó, decimos, y acusó á César.

—César, dijo, no ataca ya al gobierno con miras secretas; apresta abiertamente sus máquinas contra él.

Pero César se adelanta con la sonrisa en los labios, toma la palabra, halaga todas las vanidades, calma todos los temores, se hace perdonar, y al salir del Senado se ve rodeado de sus partidarios que le gritan: ¡Viva César! ¡Bravo, César! Conserva tu altivez; no te humilles á nadie. El pueblo está por tí, te sostendrá, y con su ayuda vencerás á todos tus rivales.

Aquel fué uno de los primeros y mas grandes triunfos de César.

Pero no todos los dias se presenta una ocasion, aun siendo uno César, de hacer hablar de sí;—testigo Bonaparte, encerrado con Junot en la pequeña habitacion de la calle de Mail.—Así, pues, César acaba de comprar la quinta de Aricia; es la mas hermosa de las inmediaciones de Roma; ha gastado en ella millones.

—No me gusta, dice de pronto; me habia engañado.

Y la hace derribar.

Alcibiades cortaba las orejas y la cola á su perro; eso era menos costoso; pero tambien es preciso decir que los griegos eran una clase de papanatas algo diferentes de los romanos. —Por lo demas, ya hablaremos mas tarde de ese Alcibiades, que mas de una vez sirvió de modelo á César, y que, hermoso, rico, generoso, libertino y valiente como él, murió, tambien como él, asesinado.

La quinta de Aricia ocupó á Roma por espacio de un mes.

¿Qué iba á hacer César? Su imaginacion estaba agotada; su bolsa vacía.

Afortunadamente en ese tiempo murió Metelo, el gran pontífice.

César necesita el gran pontificado; si no, ¡cuidado con los alguaciles!

Pero la situacion era grave; dos senadores, Isáurico y Cátulo, hombres ilustres é influentes, sollicitaban el mismo cargo.

César se echó á la calle y se anunció en voz alta como su rival.

Temiendo Cátulo aquella rivalidad, le hizo ofrecer cuatro millones para que se retirara.

César se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que haga con sus cuatro millones?

dijo. Necesito lo menos cincuenta para que mi fortuna iguale á cero.

Así, pues, según su propia confesión, César á los treinta y seis años debía cincuenta millones.

Creemos que fueran millones de sextercios, y no de pesos, los que debía. En ese caso solo serian unos dos millones y medio de nuestra moneda. Poco era para César. Quizá la verdad esté en un término medio entre sextercios y pesos.

Cátulo le hizo ofrecer entonces seis millones.

—Decid á Cátulo, contestó César, que pienso gastar doce para vencerlo.

Echó mano de todos sus recursos, vació los bolsillos de todos sus amigos y se dirigió á los comicios con dos ó tres millones. Era su resto.

Afortunadamente contaba además con su popularidad.

El gran día llegó al cabo. Su madre lo acompañó hasta la puerta con lágrimas en los ojos.

En el dintel le dió el último beso.

—Oh! madre! le dijo él, hoy volverás á ver á tu hijo, ó gran pontífice ó desterrado.

El combate fué largo y encarnizado. Al fin César triunfó por completo. Tuvo mas sufragios en solo las dos tribus de sus rivales, Isáurico y Cátulo, que estos en todas las otras reunidas. El partido aristocrático

había sido derrotado. ¿Adónde no podía llegar César, sostenido como estaba, por el pueblo?

Entonces fué cuando Pison, Cátulo y los que los rodeaban, reprocharon á Ciceron no haber atacado á César cuando la Conspiracion de Catilina.

En efecto, durante aquella corta época de apuros pecuniarios de César, había estallado la famosa conspiracion, una de las grandes catástrofes de la historia de Roma, y uno de los grandes acontecimientos de la vida de César.

Veamos en qué situacion se hallaba Roma cuando Catilina dirigió á Ciceron aquella célebre frase que tan bien reasumia el estado de las cosas.

—Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; yo seré esa cabeza.

Los hombres importantes de aquella época eran, aparte de César, Pompeyo, Craso y Ciceron.

Pompeyo, tan impropriadamente llamado *el Grande*, era hijo de Pompeyo Strabon; había nacido ciento seis años de Cristo; tenía, pues, seis años mas que César.

Su nombre y su fortuna militar habían empezado en las guerras civiles, siendo teniente de Sila, batiendo á los tenientes de Mario, recobrando la Cisalpina, sometiendo la Sicilia, aniquilando á Domicio Ahenobarbo en Africa, matando á Carbon en Corsica.

A los veintitres años había formado tres legiones

y derrotado á tres generales. Despues habia ido á reunirse con Sila.

Sila, que necesitaba hacer de él un amigo, se levantó al verlo y lo saludó con el nombre de *Grande*.

El nombre le quedó.

“La fortuna es mujer, decia Luis XIV á Mr. de Villery, que acababa de hacerse derrotar en Italia, ama á los jóvenes y detesta á los viejos.”

La fortuna amó á Pompeyo mientras fué joven.

Cuando murió Sila, Roma volvió los ojos hácia Pompeyo.

Se trataba de terminar tres guerras comenzadas; la de Lépido, la de Sertorio y la de Espártaco.

La de Lépido fué casi un juego; Lépido era un hombre sin valor ninguno.

No podia decirse eso de Sertorio, viejo teniente de Mario y uno de los cuatro cuartos célebres de la antigüedad.—Ya se sabe que los otros tres fueron

Filipo, Antígono y Aníbal.—Muy joven todavía Sertorio habia peleado contra los cimbrios á las órdenes

de Cepion, y cuando éste habia sido derrotado, Sertorio habia atravesado á nado el Ródano—*Rhodanus*

Celer—con su coraza y su escudo. Despues, cuando Mario fué á tomar el mando del ejército, Sertorio

vestido con traje céltico, se habia mezclado á los bárbaros, habia permanecido tres dias entre ellos y despues habia vuelto á decir á Mario todo lo que

habia observado. Mas tarde habia previsto el advenimiento de Sila y habia pasado á España, donde era muy estimado de los bárbaros.—Bien sabido es que sesenta años antes de Jesucristo, los romanos llamaban *bárbaro* á todo lo que no era romano; como cuatrocientos años antes los griegos llamaban *bárbaro* á todo lo que no era griego.—En Africa habia descubierto la tumba de Libio Anteo, ahogado por Héreules, y, único entre todos los hombres, habia medido los huesos del gigante y reconocido que tenia mas de sesenta codos; despues los habia vuelto á enterrar, declarando sagrada la tumba. Todo era misterio en él; tenia correspondencia con los dioses por medio de una cierva blanca. Tan astuto como valiente, todos los disfraces le eran familiares; así habia podido atravesar, sin ser reconocido, las legiones de su enemigo Metelo, al cual desafió á singular combate, que aquel no quiso aceptar. Además, cazador hábil é infatigable, cruzaba los desfiladeros mas escarpados de los Alpes y de los Pirineos persiguiendo á las gamuzas y despues tornaba á pasar por los mismos sitios para huir del enemigo ó para atacarlo. Poco á poco se habia hecho dueño de la Galia Narbonense, y quizá un dia ú otro iba Trebia á verlo descender de los montes como á otro Aníbal. Pompeyo corrió á auxiliar á Metelo y ambos reunidos le obligaron á entrar en España. Sin embargo,

aun retirándose, batió á Metelo en Itálica y á Pompeyo en Lausona y en Suero.—Rehusó constantemente las ofertas que le hizo hacer Mitrídates y acabó por ser asesinado á traición por su teniente Perpenna.

Consumada su primera revolucion, nombrados cónsules Bruto y Colatino, Roma se ocupa por de pronto en rechazar lejos de sí el elemento etrusco, como la Francia de Hugo Capeto rechaza el elemento carlovingio. Luego pasa á la conquista de los territorios circunvecinos.

Después de haberse agregado los latinos y los hernicos, somete los volscos, toma á Veies, arroja á los galos del Capitolio y encomienda á Papirio Cursor la guerra de los Samnitas, que abraza la Italia desde la Etruria hasta la punta de Regium.

Luego, mirando en su derredor, viendo la Italia sometida, pasa á las conquistas extranjeras.

Estas heridas, se llaman Trebia, Trasimeno y Cannas.

Afortunadamente para Roma, Aníbal se ve abandonado por el partido de los comerciantes de su patria, lo dejan en Italia, sin dinero, sin hombres, sin refuerzos.

Escipion, por su parte, pasa á Africa; Aníbal ha dejado de tomar á Roma; Escipion va á tomar á Cartago.

Aníbal se coloca entre él y la ciudad africana y pierde la batalla de Zama; se refugia al lado de Prusias y se envenena para no caer en poder de los romanos.

Una vez abatido ese terrible enemigo, las conquistas siguen su curso.

Antiocho entrega la Siria; Filipo la Grecia; Yugurta la Numidia.

Entonces Roma no tiene mas que conquistar el Egipto y será dueña de ese gran lago que se llama el Mediterráneo, maravillosa extension de agua surcada por la civilizacion de todas las edades, que atraviesan los egipcios para ir á poblar la Grecia, los fenicios para ir á fundar á Cartago, los foccos para ir á edificar á Marsella; vasto espejo en que se han reflejado una tras otra Troya, Cánope, Tiro, Cartago, Alejandría, Aténas, Tarento, Síbaris, Regium, Siracusa, Selinunta y Numancia, y donde Roma se refleja á su vez majestuosa, potente, invencible.

Recostada en las orillas septentrionales de ese lago, tiende un brazo hácia Ostia, otro hácia Brindis, y tiene bajo su mano las tres partes del mundo conocido: la Europa, el Asia y el Africa.

Gracias á ese lago, antes de sesenta años irá á donde quiera y por donde quiera. por el Ródano al corazon de la Galia; por el Eridan al corazon de Ita-

lia; por el Tajo al corazón de España; por el estrecho de Cádiz al Océano y á las islas Casitérides, esto es, á Inglaterra; por el estrecho de Sestos al Ponto-Euxino, esto es, á la Tartaria; por el mar Rojo á la India, al Tibet, al Océano Pacífico, es decir, á la inmensidad; por el Nilo, en fin, á Menfis, á Elefantina, á Etiopia, al Desierto, esto es, á lo desconocido.

Tal es esa Roma que acaban de disputarse Mario y Sila, que van á disputarse César y Pompeyo y que heredará Augusto.

El modo de un modo aristocrático, metódico, regular. Todas las manías hacia su hijo y todas las noches sumaba el total.

La cabeza que se lavaba en docientos talen- tes, esto es, docientos diez mil duros.

Como no valían más que su peso en plata.

La historia habla de un asesino que cogió plomo triturado en el cráneo de una que se le mandó cortar en pedruzcos que pesara una.

III

El motivo era un motivo para ser proscrito: este lo era por sus patricios, aquel por sus jardines.

¿Qué representaban esos dos hombres que acababan de luchar á muerte, Mario y Sila?

Mario representaba á la Italia; Sila representaba á Roma.

La victoria de Sila sobre Mario había sido el triunfo de Roma sobre Italia, el de los nobles sobre los ricos, el de los hombres de lanza sobre los hombres de anillo, el de los quirites sobre los caballeros.

Seiscientos de estos y cuarenta senadores del mismo partido fueron proscritos. Aquí proscrito no quiere decir desterrado, sino muerto, asesinado, degollado.

Sus bienes pasaron á los soldados, á los generales, á los senadores.

Mario había matado brutalmente, como un palurdo de Arpinium.